

«LA SOCIEDAD INTERNET». UNA FALSA PROMESA

Dominique Wolton

Director del laboratorio Comunicación y Política
del Centre National de la Recherche Scientifique, Francia

«Crear que las redes de comunicación conducen a la paz y al conocimiento es abandonarse a la ideología tecnocrática que domina hoy los discursos sobre el «progreso», ya que si bien algunas de sus facetas son altamente deseables, la sociedad de la «multi-conexión» podría llegar a hacer estallar a la sociedad real, sustituyendo mediante el individualismo y las relaciones «a la carta», la solidaridad que implicaba la vida en un mismo territorio y el compartir recursos culturales comunes.»

Constituye Internet una revolución tan importante como supusieron la radio en los años veinte o la televisión en los años sesenta? Se pueden albergar dudas. Para reflexionar sobre los nuevos *media* hay que dar la vuelta al discurso dominante, que les favorece con su bendición incondicional y situarlos dentro de un análisis general de la comunicación. Es pues urgente abrir el debate recordando especialmente algunas contradicciones ligadas a la «revolución de la comunicación».

35

¿En qué se reconoce la ideología tecnocrática? En el hecho de tratar de pesimista, o de conservador, y en todo caso de adversario del «progreso», a cualquiera que cuestione el sentido y la utilidad de los nuevos *media* y reclame una reflexión y las necesarias regulaciones. Ningún sistema técnico ha dado nunca nacimiento a un modelo de sociedad. La experiencia es, incluso, la contraria: cuantos más sistemas de información automatizados hay, más normas se necesitan para evitar los abusos de la «cibercriminalidad». Normas que no impiden la libertad de comunicación, pero que evitan, por el contrario, confundir posibilidades técnicas y contenidos de las actividades.

Con Internet, nos encontramos con el tema de la «aldea global». Después de haber dominado las distancias y conquistado la naturaleza y la materia, los hombres encuentran un deseo de infinito del que la multitud de palabras, de imágenes y de datos, sería la más perfecta ilustración. Sin embargo, aunque una información pueda dar la vuelta al mundo en un segundo, en menos de 100 kilómetros las realidades cambian hasta el punto de que los individuos pueden no entenderse entre sí. De hecho, el avance técnico no siempre está al servicio de los hombres. En particular porque

tiende a acentuar la fragilidad de los sistemas sociales. Las crisis bursátiles, financieras, políticas, que estallan en el otro confín del planeta desestabilizan ahora más rápidamente las economías, ponen a prueba las solidaridades y fragilizan las instituciones internacionales. La comunicación triunfante ha reducido el mundo a una pequeña aldea, pero no lo ha hecho más seguro. Y si los jefes de Estado no cesan de desplazarse, es porque el encuentro físico sigue siendo el único medio de dominar un poco esta inestabilidad de la historia, que se hace más visible a través de las redes.

¿La «multiconexión» supone un progreso? ¿Para hacer qué? Navegar por la red no constituye ni una prueba de inteligencia ni más progreso real que el tecnológico en relación con el hecho de leer un libro, discutir, escuchar la radio o mirar la televisión. Lo peor sería ver en la «sociedad Internet» un progreso automático. La «sociedad del espectáculo» ha sido suficientemente criticada por sus ilusiones. ¿Será reemplazada mañana por la sociedad Internet?

¿Será necesario un «Titanic» de la cibercultura para que los Estados tomen conciencia de los riesgos que estos sistemas de información suponen para las libertades fundamentales? De hecho, se reúnen las condiciones del naufragio cuando se ve triunfar tanto orgullo racional y tecnológico. Por no hablar de esta gran contradicción: Internet se presenta como un espacio de comunicación mientras que, a menudo, no es más que un espacio de expresión –lo que no es exactamente la misma cosa– y quizá pueda reducirse sobre todo a un mercado de información.

36 Un día habrá que elegir. O bien tener que ver con la inmensa red comercial –a escala del comercio electrónico mundial–, o bien con uno de los elementos de un sistema de comunicación política y de expresión individual para la comunidad internacional. Ambas perspectivas son contradictorias y se miente cuando se quiere hacer creer que Internet puede estar a su servicio simultáneamente y sin conflictos...

El hombre occidental ha tardado siglos en «liberarse» de todas las tutelas: religiosas, políticas, sociales, militares. Libre finalmente para pensar, circular y expresarse, decide hoy encerrarse en los mil hilos de la comunicación técnica. Está constantemente enganchado a ella, permanentemente accesible, por el teléfono móvil, el fax, el teléfono o el e-mail (correo electrónico)... ¿Cómo se funcionaba antes? Después de habernos «enredado», en nombre de la libertad y el progreso, ¿no necesitaremos «des-enredarnos» en nombre de esa misma libertad, de ese mismo progreso y de esa misma modernidad?

Porque además, el tiempo lineal de los sistemas de información no es el del tiempo humano y social. Estos sistemas funcionan veinticuatro horas al día, de una punta a otra de la Tierra, prefigurando lo que sería una «sociedad en continuo». ¿Y por la otra parte? Los individuos, como las sociedades, no viven nunca en un tiempo homogéneo. La percepción de este tiempo, por ejemplo, cambia radicalmente entre la juventud y la madurez: no se interesan ya por las mismas cosas. Los intereses, los sentimientos, adquieren otras proporciones.

Este choque entre filosofías del tiempo se da con más fuerza en los países del Sur. Para ellos se trata, de hecho, de resistir a la forma en que Occidente refuerza su modelo de racionalidad, en detrimento de otras culturas y otros sistemas de valores. La globalización económica, ¿es disociable de esta nueva apisonadora occidental y de esta unidimensionalización del tiempo y de los valores? ¿Y qué decir de la impostura intelectual, según la cual las nuevas técnicas de comunicación serían un atajo hacia el desarrollo?

¿El resultado probable de esta extensión sin fin de la información? Una racionalización de la comunicación, igual que hubo una racionalización del trabajo en el siglo XIX que comportó, sin duda, un aumento de su productividad, pero a un precio humano, social y político, muy alto. Si la técnica multiplica las posibilidades de intercambio lo hace al precio de una inevitable estandarización, que ya intuía la escuela de Frankfurt. Y más aún porque, ni la transmisión, ni la interacción, ni la expresión, son sinónimos de comunicación.

Durante más de cien años, el progreso ha consistido en suprimir los intermediarios, que eran otros tantos frenos a la libertad de los hombres. Hoy eso es cosa hecha. Gracias a las técnicas, cada cual, desde su casa, el trabajo, la escuela, en vacaciones, puede acceder directamente a todo: es el reino del *Do it yourself* («Hágalo usted mismo»). Reintroducir a los intermediarios se convierte entonces en una necesidad, ya que son más indispensables cuanto más compleja es una sociedad, interactiva, abierta: responsables políticos, periodistas, profesores, médicos, comerciantes, etc.

Por eso es mucho más fácil equipar masivamente las escuelas con ordenadores, y conectarlos a las redes, que pensar una filosofía global de la educación... Una huida hacia adelante que recuerda la de hace cuarenta años, cuando en las empresas se produjo una enorme automatización del trabajo industrial y de servicios. La técnica, incluso cuando permite gestionar la información o la comunicación, no puede sustituir a un proyecto.

37

El soporte crearía la virtud

La comunicación, durante mucho tiempo factor de apertura y de acercamiento entre las ideas y los pueblos, puede convertirse hoy en causa de antagonismo, incluso de odio, porque en un mundo en el que todo circula, se ponen aún más de manifiesto las diferencias. Y soportar al otro es mucho más difícil cuando está próximo y visible que cuando está lejano y poco visible. Para preservar la comunicación como valor de emancipación hay que reflexionar sobre las distancias que se deben guardar. Lo que, para empezar, obligará a Occidente a respetar otras identidades y otras jerarquías de valores, so pena de verse rechazado al mismo tiempo que sus sistemas de información, identificados con un imperialismo cultural.

Por tanto, hay que proteger la comunicación y no abandonarse al estereotipo actual: «*Es cierto porque está en Internet*». Como si el sistema técnico hiciera verdaderas, por naturaleza, las

informaciones que circulan por él¹. Como si los proveedores, igual que los usuarios, se convirtieran de repente en honestos, respetuosos con la verdad, con el bien de los demás, enemigos de la mentira y los chismes de todo tipo. Aquí nos sumergimos en plena ideología tecnocrática: el soporte crearía la virtud. Basta, sin embargo, con mirar el «Internet rosa», el papel de la red en la especulación financiera internacional o en la criminalidad, para convencerse de lo contrario.

El reto es menos la libertad del individuo –ciertamente cada vez más frágil, pero admitida por el frontispicio de los valores democráticos– que la preservación de las condiciones de la identidad colectiva, papel destacado del Estado-nación. Pero se denigra alegremente a este Estado-nación para aplaudir la «apertura», sin preocuparse de la división de las relaciones sociales que provoca.

Porque la globalización estimula la fragmentación, tanto en comunidades como respecto a sus referencias identitarias o a mercados potenciales. Mañana, el principal problema ya no será la expresión, sino la capacidad para salir de la comunicación mediatizada para intentar una comunicación directa, humana, social.

NOTAS

¹ Léase a Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, Debate, Madrid, 1998.

